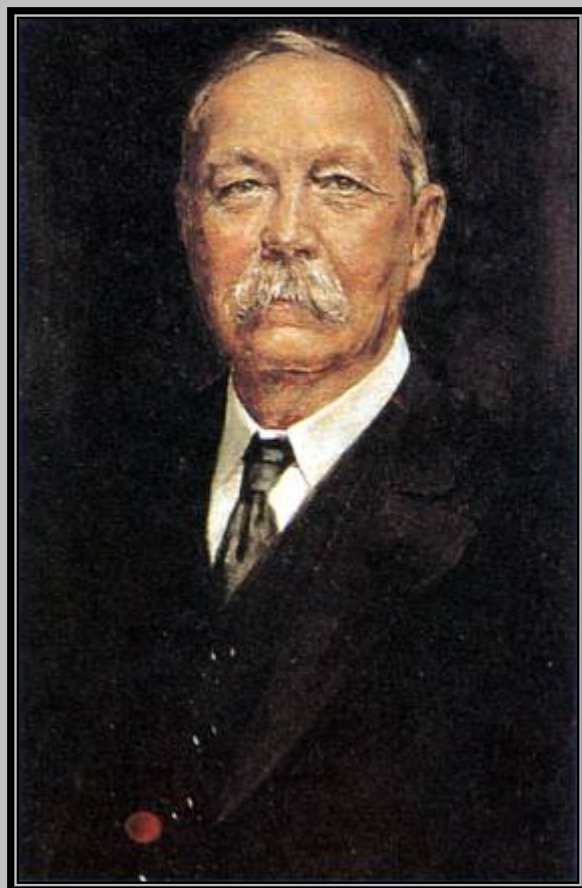


SIR ARTHUR CONAN DOYLE



Sherlock-Holmes.es

Capítulo V. Las múltiples facetas del doctor Doyle



La famosa espiritista Madame Blavatsky.

Paulatinamente, Conan Doyle fue entrando en contacto con grupos espiritistas y participando en las sesiones que organizaban. Algunas de estas sesiones le provocaban serias dudas sobre la veracidad de lo que veía, pero su amigo Alfred Drayson, que merecía toda su confianza y al que admiraba enormemente, acallaba sus dudas.

Drayson alegaba que no tenían importancia los fraudes que pudieran realizar algunos desaprensivos, porque ¿dónde no los hay? ¿Acaso más de uno no presume de cristiano y lleva una vida absolutamente indigna de las creencias que dice profesar? Bajo la influencia de Drayson, Conan Doyle se suscribió a "Light", una publicación espiritista, y continuó asistiendo a numerosas sesiones, como otros famosos contemporáneos suyos. En su época el espiritismo estaba de moda. Políticos, nobles, intelectuales y

artistas frecuentaban sesiones donde se materializaban ectoplasmas, las mesas se movían y se escuchaban voces que no se sabía si venían de los cielos o de detrás de una puerta entreabierta.

También a través de Drayson, Doyle se interesó por el budismo. Le atraía particularmente todo lo relacionado con la teoría de la reencarnación, sobre la que empezaban a escribir algunos orientalistas, influidos por las experiencias que habían tenido en sus viajes.

En esta época, Doyle conoció a Madame Blavatsky, una enigmática mujer que gozaba de gran reconocimiento en los medios espiritistas. Se decía de ella que poseía grandes poderes, y era recibida con honores en los salones más importantes de Inglaterra. Años después, su reputación se vino abajo cuando un grupo de expertos demostró los trucos que utilizaba la famosa dama.

A pesar de la oposición de la ciencia oficial y, en particular, de la profesión médica, Conan Doyle escribió una carta a la revista "Light", en julio de 1887, en la que declaraba ser un espiritista convencido, aunque confesaba que los experimentos sólo tenían sentido como medio para probar la existencia de otra vida, y reprobaba la actitud de los que intentaban convertir estas experiencias en un espectáculo más, como el teatro o la ópera. Doyle terminaba diciendo que cada persona debía buscar su propia realización para permitir a su espíritu alcanzar la libertad, a salvo ya de las lacras de este mundo.

De cómo nació un tal Sherlock Holmes.

Conan Doyle era un lector infatigable que leía todo lo que caía en sus manos, y devoto de un género que empezaba a tener muchos adeptos en la época: la novela de detectives. Sin embargo, su

espíritu crítico le hacía ver los fallos de dichas novelas. Los argumentos eran endeble y poco creíbles; los protagonistas, zafios y poco lógicos, y la solución de los crímenes se debía más a la suerte o a la torpeza de los delincuentes que a las virtudes que adornaban a los investigadores. Dentro del género, sus escritos favoritos eran Gaboriau y Edgar Allan Poe. Pero él se veía capaz de superarlos y, sobre todo, pensaba que podía ser un buen negocio. Teniendo en cuenta la ambición del joven Doyle y que debido a su matrimonio sus gastos eran mayores, no resulta descabellado pensar que las razones económicas influyeron en su ánimo poderosamente. Su decisión de convertirse en escritor de novelas policíacas fue fría y meditada. Primero creó sus personajes: un detective llamado Sherrinford Holmes, y su ayudante y compañero Ormond Sacker, que haría las veces de narrador de las proezas del genial detective. La primera novela se tituló inicialmente *A Tangled Skein*, pero después cambió el título por *A Study in Scarlet (Estudio en escarlata)*. Ormond Sacker se convirtió en el doctor John Watson, y Sherrinford Holmes conservó el apellido, pero el nombre de pila se transformó en otro más corto, más contundente y fácil de recordar. Así nació un detective que, al fin, se llamó Sherlock Holmes.



*Edgar Allan Poe en un retrato
de Ismael Gentz.*

Pero aún quedaba un largo recorrido para que *A Study in Scarlet* llegara a publicarse y para que Sherlock Holmes se convirtiera en el detective con más seguidores de la historia. James Payn, editor del "Cornhill Magazine", que ya había publicado relatos de Conan Doyle en el "Chamber's Journal", se excusó diciendo que el relato era demasiado corto para convertirlo en una serie, y demasiado largo para publicarlo de una vez. Probablemente, con el paso del tiempo, Payn lamentaría más de una vez su decisión. En 1886 Conan Doyle envió su novela a Arrowsmith, Warne y otros editores, sin que ninguno de ellos diese muestra alguna de interés. Finalmente, *A Study in Scarlet* se publicó en las navidades de 1887 en el "Beeton's Christmas Annual" y le pagaron la ínfima cantidad de 25 libras. Pero Conan Doyle ya estaba harto, quería publicarlo y necesitaba el dinero. Un año más tarde, Ward, Lock & Co. publicaron *A Study in Scarlet* en forma de novela, con ilustraciones de Charles Doyle, el padre de Conan Doyle.

Micah Clarke

En esta época -y también posteriormente- el joven Conan Doyle estaba más interesado en otros temas literarios, como la novela histórica. En el verano de 1887 escribió *Micah Clarke*, que se publicaría dos años más tarde. La acción transcurría a finales del siglo XVII, cuando el rey Jaime II intentaba instaurar de nuevo el catolicismo en Inglaterra.

El protagonista, Micah Clarke, hijo de un antiguo combatiente a las órdenes de Cromwell, se

convierte en un héroe romántico. Conan Doyle, que era un aficionado a la historia desde su infancia, demostró estar influenciado en esta novela por sus dos autores favoritos: el historiador Lord Macaulay y el novelista Sir Walter Scott, cuyas obras tanto habían acompañado a Doyle en su infancia y juventud.

El novelista, una vez más, y a pesar de la innegable calidad de *Micah Clarke*, tuvo que luchar con varios editores y armarse de paciencia, hasta que logró publicarlo. Pero los malos tiempos iban a cambiar y, como a tantos otros, la fortuna le vendría de América.



Oliver Cromwell fue uno de los personajes históricos favoritos de Sir Arthur Conan Doyle.

Capítulo VI. El precio del éxito

Fue en Estados Unidos donde se elevó al Olimpo de la fama a Sherlock Holmes y con él a su autor, Arthur Conan Doyle. En 1889, la editorial Lippincott de Pennsylvania encargó a Doyle un nuevo libro sobre Sherlock Holmes, durante una cena en el hotel Langham. El anfitrión era Joseph Marshall Stoddart, editor de Lippincott, y había también un tercer comensal: el escritor inglés Oscar Wilde. Casualmente, Wilde era el primer miembro de la exigente comunidad literaria británica que reconocía el gran talento de Conan Doyle. A Wilde le había encantado *Micah Clarke*, y dedicó numerosas alabanzas a Doyle durante la cena. Sir Arthur quedó muy impresionado por la delicadeza, la exquisita educación y el gran sentido del humor de Oscar Wilde, que contó varias anécdotas divertidísimas.

Finalizada la cena, Wilde se comprometió a escribir un libro que se titularía *El retrato de Dorian Grey* y, por su parte, Conan Doyle firmó el contrato con "Lippincott's Magazine" de lo que sería *The Sign of Four* (*El signo de los cuatro*), al precio de cien libras esterlinas. El hecho de que el contrato se redactase ese mismo día demuestra la expectación con la que el público estadounidense esperaba una nueva aventura de Sherlock Holmes. *El signo de los cuatro* se publicó en el "Lippincott's Magazine" en febrero de 1890; poco después, apareció en forma de novela. Al final del libro, la protagonista, Mary Morstan, se convierte en señora Watson, alterando con ello la idílica y confortable relación del doctor Watson con Sherlock Holmes. El libro ganó rápidamente el favor del público, y fue un gran éxito de ventas. Pero empezaba entonces la gran tragedia de Conan Doyle, que veía cómo crecía la popularidad del detective, eclipsando la de su autor; esto provocaba una ambigua relación de amor y odio de Conan Doyle hacia su famoso detective.



Portada de la segunda edición de
El Signo de los Cuatro.

The White Company.

El éxito condujo a Conan Doyle a una actividad frenética que comenzaba temprano por la mañana y terminaba muy tarde. Al igual que Sherlock Holmes, cuando iniciaba un proyecto desarrollaba una actividad prodigiosa, aunque en muchos casos estos proyectos no llegaban a buen término. En 1890 publicó una nueva novela histórica, titulada *The White Company*, sobre el reinado de Eduardo III, una de las épocas favoritas, para el escritor, de la historia de Inglaterra.

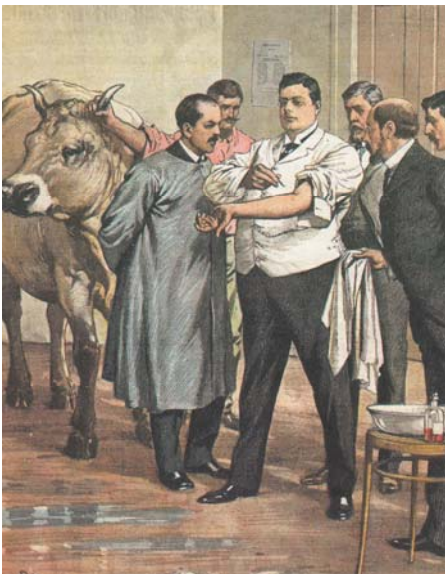
El libro se vendió muy bien, pero la crítica fue despiadada. Consideraban que, aunque reflejaba

perfectamente la vida de Francia e Inglaterra en el siglo XIV, los personajes no estaban suficientemente definidos, en especial el protagonista, Sir Nigel Loring. Esta tendencia de la crítica a no tomar en serio sus trabajos históricos crispaba a Conan Doyle, que prefería estas obras y no las aventuras de Holmes y Watson. Pero lo cierto es que Doyle no consiguió nunca definir ningún otro personaje suyo con la fuerza y la credibilidad que tenían el detective y el médico. La moralidad y las actuaciones de sus personajes históricos estaban más acordes con el propio Conan Doyle que con la época en la que los situaba el autor. En el terreno personal, la vida sonreía a Conan Doyle. La relación con su esposa era magnífica, y en 1890, a los treinta y un años, Doyle fue padre de una niña a la que bautizaron como Mary Louise. Sin embargo, su espíritu aventurero anhelaba un poco de acción.

Tras las huellas de Robert Koch

En 1890 los titulares de los diarios de todo el mundo se hicieron eco de la proeza de un médico alemán. El doctor Robert Koch había descubierto el bacilo causante de la tuberculosis y un tratamiento para combatir dicha enfermedad. Esta noticia provocó una peregrinación a Berlín de miles de enfermos que intentaban, a cualquier precio, salvar su vida de la fatal dolencia. Muchos de ellos morían en el camino que les conducía hacia el milagro. No pocos médicos viajaban también a Alemania, interesados en el descubrimiento que acabaría con el azote que minaba a la población de fines del siglo XIX.

Aunque como médico no estaba especialmente interesado en la tuberculosis, Conan Doyle sintió renacer su espíritu aventurero. Le subyugaba la idea de presenciar un acontecimiento que marcaría la historia de la humanidad. Su placentera pero rutinaria vida le resultaba insuficiente, y ardía en deseos de conocer a Koch, aunque para ello tuviera que abandonar temporalmente a su esposa y a su hija recién nacida.



El doctor Garnault, discípulo de Koch, se inyecta sangre de una vaca tuberculosa.

Consiguió que "Review of Reviews" le encargase un artículo sobre el doctor Koch, logrando así la posibilidad de entrevistarle personalmente, aunque numerosos periodistas rondaban infructuosamente al médico alemán. A su llegada a Berlín, Doyle se encontró con un espectáculo dantesco, más propio de un circo que de un acontecimiento médico. Su impulsivo carácter hizo que se enfadara con los ayudantes de Koch, que daban a los enfermos mucho menos de lo que prometían. Basándose en lo que había visto y escuchado en Berlín, el 17 de noviembre de 1890 publicó un valiente artículo en el que reconocía que el descubrimiento de Koch era decisivo, pero que los resultados no estaban a la altura de las esperanzas que en él

depositaban los enfermos y sus familiares. Durante su viaje a Berlín, Doyle conoció a Malcolm Morris, que le habló sobre el futuro de la oftalmología y las posibilidades que ofrecía a médicos jóvenes y

ambiciosos como él. Morris le recomendó especializarse en Viena, lo que le permitiría abrir una consulta en Londres. A su regreso, Conan Doyle pensó detenidamente en esta sugerencia, sopesando los inconvenientes y las ventajas de la arriesgada decisión. Dudaba, sobre todo, porque suponía alejarse de nuevo de su familia. Fue su madre, una vez más, la que aclaró sus dudas al ofrecerse a quedarse con la pequeña Mary Louise, para que Conan Doyle pudiera viajar a Austria con su esposa. La pareja llegó a Viena el 5 de enero de 1891.